

Discurso del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, ante la sede de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)

Señor Gert Rosenthal,
secretario ejecutivo de la CEPAL;
señoras y señores:

Es un grato privilegio encontrarme en la sede de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de la Orga-

nización de las Naciones Unidas. Este es un organismo regional que por más de cuatro décadas ha inspirado la imaginación económica y social del continente, ha revelado realidades innegables y ha planteado las preguntas pertinentes ineludibles a la conciencia latinoamericana.

En esta tarea se distingue el desempeño del secretario ejecutivo de la CEPAL, según Gert Rosenthal, quien ha avanzado en el propósito de adaptar a los desafíos de nuestro tiempo el pensamiento que ha dado vida y sustento a este foro.

Por una década los problemas financieros de nuestras naciones y el doloroso peso de la deuda externa han soslayado otras fuentes esenciales de la crisis general. El estancamiento, la disminución de la inversión, el deterioro de los términos de intercambio y la inestabilidad no resultan solamente del estrangulamiento financiero. Las estructuras productivas inadecuadas, la falta de competitividad, la escasa especialización internacional, la opacidad de las relaciones económicas, son causa de sobrecostos, de privilegios indebidos, de baja eficiencia productiva y, finalmente, de incapacidad para fortalecer el mercado interno y atender la demanda de los pueblos.

Estabilidad económica y competitividad productiva son los temas centrales de nuestra agenda, todos ellos con un claro propósito de equidad y bienestar.

En un breve lapso el mundo ha cambiado, se ha acelerado la globalización de la economía mundial y la internacionalización de los mercados. Una revolución en los conocimientos y en las tecnologías ha cambiado los patrones de producción y consumo; se han acortado las distancias entre los países al punto de que hoy la producción de un mismo bien se dispersa en extremos del planeta, las escalas de bienes y servicios se transforman y con ellas las relaciones sociales que de ahí derivan, como bien señalan los estudios de la CEPAL.

En este contexto, las naciones integran nuevos bloques comerciales y económicos que responden más a la geografía que a los antiguos centros de poder político y militar. La Europa del 92, al constituirse en el mercado más próspero puede ser una nueva y gran oportunidad para el desarrollo mundial; sin embargo, en una primera etapa también puede retrasar una mayor liberalización de los mercados mundiales.

La Cuenca del Pacífico es un nuevo centro de innovación tecnológica, así como fuente financiera de extraordinario dinamismo; representa también nuevas oportunidades para el reciclaje de excedentes y el impulso a la productividad, pero su apertura a nuestros productos reclama todavía muestras significativas de reciprocidad y coinversiones mutuamente benéficas.

El acuerdo de libre comercio entre Canadá y Estados Unidos de América reconoce la complementariedad de esas economías del norte del continente y abre potenciales beneficios; pero también puede distraer la atención a nuestras exportaciones y reducir el flujo de recursos hacia nuestros países.

La integración de esos bloques puede retrasar respuestas a las urgentes necesidades de regiones como la nuestra. Los eventos que han sacudido a Europa anuncian una mayor competencia por los recursos internacionales. Impulsados por el reencuentro con los ideales libertarios, por una abundante oferta de mano de obra calificada y mercados receptivos a las innovaciones buscan con avidez inversiones y oportunidades. El resultado es una competencia más aguda por los recursos, mercados y tecnologías.

Ese es el reto que deben enfrentar nuestros países en la última década del siglo; es el desafío de la competencia, la salud económica interna y la agresiva presencia internacio-

nal. Los países que no logren adaptar a tiempo sus estructuras económicas, no podrán aprovechar las oportunidades de la transformación mundial y quizá arriesguen su propia viabilidad.

Todos esos son retos que van de la mano con el desafío de la duda. No se puede concebir un desarrollo moderno aislado del exterior. Una inserción efectiva en los competidos mercados mundiales es necesidad impostergable; exige, ante todo, un esfuerzo comprometido para afectar estructuras obsoletas que responden a intereses contrarios a la modernización.

El desafío es enorme, pero sabemos que es más poderosa la reciedumbre de nuestros pueblos. América Latina ha observado un retraso lamentable respecto a otras regiones. En lo económico, la década pasada fue de estancamiento. No aumentó la producción, se contrajo el comercio, disminuyó el producto por habitante, la calidad de vida se deterioró; sin embargo, en lo político se dieron avances significativos; la democracia fluye por todo el continente, disminuyeron las tensiones regionales. Esos son logros que debemos consolidar.

El gran reto para los latinoamericanos es salir del estancamiento económico, precisamente para salvaguardar las libertades y la democracia y elevar, con equidad, el nivel de vida de sus moradores.

Debemos superar esa situación por razones internas de paz y justicia. Es impostergable mejorar las condiciones de vida de amplios núcleos de población particularmente afectados por la crisis, debemos salir adelante porque es la única manera de no aislarnos del mundo y que el mundo no pretenda, al mismo tiempo, aislarnos a nosotros.

No es posible sostener la estabilidad financiera y lograr el crecimiento económico con una transferencia neta de recursos para el pago de la deuda y su servicio, que en nuestro país era del orden de 6 puntos del producto nacional.

De manera concomitante al esfuerzo fiscal hemos concluido la renegociación de la deuda externa con más de 450 bancos comerciales, en términos satisfactorios para el país. Nuestras obligaciones internacionales están ahora en un nivel compatible con las metas de crecimiento económico y con estabilidad de precios.

El arduo y complejo proceso se innovó en los términos conocidos antes, insuficientes, que respondían a la deuda con más deuda. El nuevo acuerdo ha incorporado los elementos decisivos para una respuesta adecuada: reducciones de capital y de intereses.

Esta negociación permitirá el crecimiento al que vendrá a sumarse el esfuerzo de los mexicanos, remueve el principal obstáculo para iniciar nuestro futuro y que ahora es posible alcanzar al significar la renegociación una reducción, en términos económicos, equivalentes a 20 mil millones de dólares en la deuda externa del país.

Reconocemos que la modernización exige que la estabilidad sea acompañada por una política de aliento a la eficiencia productiva. En ella se encuentra la base de la competitividad internacional.

Hemos avanzado, por ello, en un camino firme de apertura comercial, de promoción a la inversión privada nacional y externa, y de desregulación económica de áreas importantes de la economías, estas políticas han aumentado sustancialmente la capacidad de competencia de nuestro sector productivo y se reflejan ya en la generación de empleos adi-

cionales.

La apertura comercial y la racionalización de la protección nos han colocado en un plazo muy breve, como uno de los países más activos frente al comercio exterior. Eliminamos la gran mayoría de las restricciones cuantitativas y las sustituimos por aranceles.

Hoy, el arancel máximo es de 20% y el promedio es inferior a 10 por ciento.

En cuanto a inversión externa directa, contamos ahora con un nuevo reglamento.

Las nuevas disposiciones ensanchan los espacios para invertir en México, dan mayor seguridad jurídica al inversionista y simplifican las reglas y procedimientos administrativos. La inversión externa genera recursos, estimula el desarrollo tecnológico, alienta al sector exportador y, de manera especial, abre mercados foráneos y también, domésticamente, espacios para la creación de empleos productivos y mejor remunerados.

Por ello, México lo promueve como complemento de la inversión nacional.

La desregulación de la actividad económica se ha constituido en un medio eficaz para promover la eficiencia de la producción y el comercio. De manera especial, al abatir costos, ha permitido a los exportadores apoyarse en la productividad de sus procesos.

Los diferentes ritmos de progreso tecnológico y productivo hacen que las brechas entre países se amplíen con rapidez. Si no lo evitamos, en tecnologías y producción podremos perder generaciones completas; pero, sobre todo, superar la crisis económica es el único camino para que Latinoamérica se ubique en el presente y pueda entrar activamente en el siglo XXI; es recuperar a la América Latina para el mundo y para su tiempo.

No hay una receta única para lograr esos propósitos. Precisamente es signo de esta época que existan varias vías para alcanzar una meta. Al establecer las estrategias nacionales es necesario responder a realidades históricas y sociales distintas. Contamos, sin embargo, con las enseñanzas que provienen de diversas experiencias nacionales. La de México es sólo una, la nuestra. Cada país, de acuerdo con su idiosincrasia, tejido social, población y cultura, debe encontrar su propio camino, adecuado a su momento histórico.

México ha vivido una rápida transformación en su esfuerzo de modernización económica. Es la que responde a nuestra historia, tradiciones y valores y en las circunstancias internas que nos tocaron vivir; se finca en dos pilares: en buscar la estabilidad macroeconómica y en promover la eficiencia microeconómica, como prerrequisito ambos para la justicia y la equidad.

Para asegurar la estabilidad, el gobierno ha sostenido una estricta disciplina fiscal. Gracias a este esfuerzo nacional, que nos ha de permitir este año abatir el déficit de las finanzas públicas a sólo 1% del producto nacional, el nivel más bajo en un cuarto de siglo, se han abatido los déficits fiscales que originaron la crisis económica más aguda en la historia reciente de México. A la vez, hemos seguido una política permanente de concertación y diálogo con los actores de la economía, lo que nos ha permitido abatir la inflación.

Sabemos que no puede haber crecimiento sostenido y permanente con altas tasas de inflación; pero, sobre todo,

conocemos el terrible efecto que conlleva para la certidumbre y la planeación nacional y familiar y sus efectos devastadores en la confianza y la estima de la sociedad.

El esfuerzo para estabilizar las finanzas públicas y el acuerdo social para combatir la inflación, que denominamos Pacto, ha rendido frutos. De las tasas cercanas al 200% en 1987, en 1989 logramos tasas de inflación de menos del 20 por ciento.

La batalla es permanente. Sabemos que cualquier relajamiento puede provocar problemas mayores a los que se quisieron resolver. La experiencia latinoamericana en este terreno es aleccionadora y preocupante.

Este proceso ha requerido una reforma a la dimensión y eficiencia del Estado mexicano. Hemos seguido una política de privatización de empresas públicas no estratégicas ni prioritarias. El Estado excesivamente prioritario distraía su atención y sus recursos hacia estas empresas y descuidaba sus obligaciones esenciales con la población, principalmente la más necesitada. Hoy —afirmamos— un Estado más propietario no es un Estado más justo. Se han liberado recursos públicos que se aplican en programas específicos con un alto valor social; vinculamos la privatización con nuestro programa nacional de solidaridad para atender más a los que menos tienen. La prioridad de este programa es, finalmente, el bienestar permanente de nuestra población.

En suma, México ha hecho suyo el compromiso de modernizar su estructura económica mediante una eficaz inserción a los mercados internacionales. Este cambio exige un esfuerzo exportador sin precedente, requiere una nueva actitud al exterior para abrir mercados, acceder a tecnologías y asegurar espacios de intercambio en las cambiantes circunstancias del mundo.

Para México, la transformación ha significado una activa política internacional a nivel bilateral y multilateral con Estados Unidos y Canadá, con Europa y las naciones del Pacífico y, particularmente, con los países de nuestra América Latina.

Debemos reconocer que los países de América Latina y el Caribe nos hemos quedado atrás en el intento por traducir nuestras coincidencias y acuerdos en acciones concretas que tiendan a fomentar una auténtica complementación de nuestra economía.

Es necesario asumir plenamente nuestras responsabilidades. Conviene convocar a la acción colectiva como complemento al impostergable y permanente esfuerzo interno de cada país.

Compartimos principios básicos de convivencia internacional que hoy adquieren creciente aceptación internacional.

El principio de la corresponsabilidad en la solución de la crisis cobra cada vez más carta de neutralización.

Los países desarrollados deben reconocer la necesidad de apoyar la recuperación del mundo en desarrollo en correspondencia a sus esfuerzos individuales.

El comercio exterior ofrece a nuestros países grandes oportunidades de desarrollo económico.

Debemos estrechar lazos para complementar nuestras habilidades productivas.

En la nueva economía mundial es vital aprovechar al máximo oportunidades de cada nación. Requiere, sin duda, un compromiso efectivo por parte de todos los participantes para establecer reglas claras, estables y conducentes a fa-

cilitar los intercambios comerciales entre las naciones. En particular, es necesario superar presiones proteccionistas que se han acumulado a lo largo del tiempo.

Hay que reconocerlo. En algunos casos se ha cedido a las presiones de corte sectorial imponiéndose costos altísimos para la sociedad en su conjunto. Los aranceles que son un medio de protección transparente, han perdido terreno.

Muchos países recurren a medidas no arancelarias de origen arbitrario, aplicación discrecional y cuyos efectos económicos son nocivos para los consumidores.

Mejorar el sistema de comercio internacional nos exige a todos una visión clara de lo que buscamos en el futuro. Que ve el interés de cada nación en plazos más amplios.

En el ámbito multilateral, debemos unir nuestra voz activamente en la Ronda Uruguay del GATT para asegurar un acceso franco de nuestros productos a todos los mercados ahí representados.

En todos nuestros acuerdos bilaterales busquemos establecer mecanismos novedosos y específicos para encontrar nuevas oportunidades de desarrollo y cooperación.

Las naciones latinoamericanas podemos aprovechar cabalmente las ventajas que nos ofrece el comercio intrarregional.

A pesar de los esfuerzos realizados en el marco de Aladi, persisten obstáculos que dificultan el intercambio de mercancías entre nuestros países.

El sistema de preferencias arancelarias se ha desvirtuado al propiciar concesiones asimétricas excesivamente sectorizadas y subregionalizadas.

En su conjunto, el régimen arancelario intrarregional genera distorsiones que frecuentemente inhiben el comercio exterior. También subsisten barreras no arancelarias, regulaciones internas y acuerdos bilaterales que obstaculizan el comercio.

La CEPAL participa activa y decididamente en el debate latinoamericano sobre cómo superar la crisis. Es satisfactorio destacar que lo hace a tono con su tiempo. No pretende continuar con remedios pasados o ineficaces. No actúa para recuperar el pasado sino para avanzar en nuestro tiempo, que es el del futuro.

En su momento fue el impulsor definitivo de la industrialización de la región. Supo analizar la realidad mundial para proponer el modelo de sustitución de importaciones.

Ahora, sensible a los grandes cambios mundiales, avanzan las ideas de una transformación productiva con equidad social y dirige nuestra atención hacia las fuentes internas de nuestros problemas. Lo hace con una orientación de jus-

ticia.

Son claro sus planteamientos en materia de comercio internacional, deuda, tecnología y medio ambiente. Nos convoca a reflexionar sobre el verdadero peso de las acciones internas y externas sobre el curso de los acontecimientos en estos temas.

Al ayudar a deslindar responsabilidades, la CEPAL contribuye a dar vigencia al principio de corresponsabilidad.

La CEPAL ha hecho mucho para mejorar nuestra comprensión sobre Centroamérica. Sus actividades respecto a esa región han sido factor importante para canalizar mejor la cooperación hacia ella. La convoco a hacer una más.

Debemos, por eso, contribuir a fortalecer este foro, a ampliar su temática, a acercarnos a nuestros intereses. El esquema multilateral sigue siendo pilar útil para una convivencia productiva y pacífica entre las naciones.

Señoras y señores:

La etapa que hoy vivimos los países de América Latina nos obliga a adoptar el pragmatismo con pleno apego a los valores y principios que dieron origen a su concepción original.

Seamos realistas y profundamente comprometidos con nuestra historia y por ello, con nuestro destino.

Si para Bolívar y Morelos, San Martín y Sucre la unidad de América Latina fue un ideal, hoy para nosotros es una auténtica necesidad. Contamos con la profundidad de nuestra historia común, con el orgullo de nuestro mestizaje, con la variedad de nuestras culturas, con la visión del mundo de nuestro lenguaje.

Sostenemos también un respeto profundo por el principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos, queremos un continente próspero, seguro para todos sus moradores y en el que impere la libertad.

Conocemos los retos pero también el potencial sin límite de nuestra unidad y la fortaleza de nuestras raíces.

Es tiempo de avanzar, de abrir un nuevo capítulo en el encuentro económico de la región a la altura de nuestras aspiraciones políticas, de la magnitud de nuestra grandeza cultural.

Somos hijos y nietos de generaciones que dieron su batalla con nobleza y generosidad. La nuestra es diferente pero no menos ardua. Tenemos la oportunidad de nuevo y magnífico encuentro con el futuro. El futuro de dignidad que queremos heredar a nuestros hijos.

Santiago, Chile, 24 de marzo de 1990